

nero... Y antes he sorprendido frases de un diálogo entre el jefe de los muleros y Gaulow, que me da a entender que hay tentativa de corrupción...

—¡Era de esperar! —afirmó Rouletabille—. Pero usted me había asegurado que podíamos estar seguros del *katerdjibaschi*.

—Todo lo seguros que se puede estar de un pobre hombre a quien se le ofrece un millón...

—¿Le ha ofrecido Gaulow un millón?

—¡Yo lo he oído!

—¡Y el *katerdjibaschi*, ya lo ve usted, ha resistido!

—Ha resistido porque no cree que el otro, una vez libre, cumpla la palabra.

—¡Un millón!... Ofreciendo tanto, casi lo mejor sería no ponerle guardianes... para tener seguridad...

—Lo que usted quiera —dijo Ivana—. Pero que no se escape... ¡Eso, Rouletabille, no se lo perdonaría yo nunca!...

Y se fué, luego de dirigir al prisionero una última mirada, una mirada terrible.

Rouletabille tuvo entonces la curiosidad de mirara Gaulow más de cerca, para ver si lo había torturado. Parecía que no. Gaulow ni se quejaba, ni gemía, ni reclamaba. En su desgracia conservaba todo su orgullo y casi toda su nobleza.

Aunque pasaba casi todas las horas de su cautiverio en una posición de las más dolorosas, con los miembros atados, no se rebajaba a participar sus sufrimientos. Su rostro permanecía impasible, sus facciones inmóviles como si hubieran sido talladas en mármol. Lo general era que tuviera los ojos cerrados. A veces, sin embargo, miraba a sus carceleros con una fijeza insostenible.

Y Rouletabille contemplaba ahora aquel corpachón

tendido a sus pies. A pesar de la miseria y la porquería de que estaba cubierto aquel magnífico desecho, continuaba siendo el bello Gaulow de siempre. La cabeza era soberbia.

Rouletabille no le dirigió la palabra. ¿Qué iba a decirle? No podía prometerle una salvación que, por lo demás, en manera alguna se merecía. Aquel hombre pertenecía a Ivana. Y si Ivana quería, dentro de varios minutos estaría hecho cachitos.

Preguntó el repórter si le habían dado de comer. Contestáronle que Gaulow había rechazado todo alimento. Quizá temiera el veneno.

Para que estuviera mejor guardado, y bajo la responsabilidad de todos, trasladó Rouletabille el cuartel general del cuerpo de guardia al cuarto del tercer piso en que yacía Gaulow. Así, el prisionero nunca estaba solo ni mucho tiempo con el mismo guardián. El *katerdjibaschi*, para relevar a Tondor y alejarlo de los intentos de seducción de Kara-Selim.

Durante toda la noche se trabajó en el torreón preparando activamente la defensa de cada peldaño, de cada pasillo, de cada cuarto. Las últimas reservas fueron llevadas a la plataforma, cuyo acceso por la garita resultaría casi imposible mediante la supresión de algunos escalones. El enemigo no llevó a cabo ninguna tentativa aquella noche. Esperaba el cañón, que no tardaría en llegar. Conforme a lo previsto por Rouletabille, la pieza de artillería hizo su entrada en la *Karakulé* al apuntar el día. Fué saludada por los gritos alegres y los hurras de la soldadesca del deslunado. Y, de pronto, los sitiados supieron la suerte que les estaba reservada.

Desde lo alto del torreón oyeron los clamores de feroz alegría que anunciaban su próximo suplicio.

En vano se volvían sus miradas a todo el horizonte... Los desfiladeros continuaban vacíos; las cumbres no se animaban con la marcha de las tropas, esperadas con una impaciencia agotadora, porque en la esperanza se manifestaba continuamente un desengaño.

¿Habían de resolverse a morir? ¿Vería el 21 de octubre el fin de su existencia? En todo caso, estaban decididos a vender caras sus vidas.

—¡Guárdense todos una bala para el fin!—les había aconsejado Rouletabille, lo cual provocó horribles muecas en el rostro de La Candeur.

—¡No son precisamente medios de morir lo que faltan en esta malhadada tierra!—observó—. ¡Basta con arrojar desde el torreón! Prefiero eso a meterme una pistola en la boca... ¡Me conozco! O erraré el tiro, o no tendré fuerza para apretar el gatillo.

Del deslunado llegaba gran alboroto. Había sido abierta la doble puerta del camino de ronda. Pero los sitiados no podían oponerse a que, tras las murallas, encarasen el cañón. Y de repente se produjo el estallido en medio de una salvaje gritería. Una lengua de fuego se tendió por el camino de ronda; una espesa humareda salió del deslunado, y la puerta del torreón voló al primer tiro. Sin embargo, los asaltantes dispararon otro cañonazo antes de proceder al ataque, lo que hicieron a continuación, disparando todos los fusiles hacia las aspilleras, y aullando.

Arrojáronse por centenares al foso y levantaron escaleras que se habían traído. Se atropellaban unos a otros por llegar los primeros al torreón, que el cañonazo les había abierto.

Vladimir y La Candeur comenzaron a disparar contra aquella masa humana; pero Rouletabille les detuvo in-

mediatamente. No había que defender exteriormente el torreón, ya tomado. Convenía conservar las municiones para el interior.

Bajaron todos al primer piso y pasaron los cañones de sus carabinas por los orificios practicados en la bóveda, y que dominaba el cuerpo de guardia.

Los primeros asaltantes que entraron fueron fusilados con tanta rapidez, que quienes les seguían vacilaron unos instantes en lo alto de las escaleras. Pero empujados por los de abajo, que no comprendían lo que pasaba, tuvieron que entrar a su vez en el cuerpo de guardia y recibir la descarga de los defensores. Desgraciadamente, entraban muchos en aquel recinto infernal, que parecía escupir mortandad por todas sus paredes. Y pronto se reunió allí una multitud que aullaba.

La matanza fué buena.

Los de la *Karakulé* acribillaron con sus balas la gruesa bóveda de la mampostería; pero aquello era una manifestación de rabia que no causaba grave perjuicio a la defensa. Cuando se precipitaron a la escalera, encontraron un vacío que no pudieron salvar. Y también allí fueron recibidos por nutrida descarga. Los vivos tropezaron con los muertos; los heridos proferían quejas lastimeras. Y todo lo que era desorden en los atacantes, era orden en los de arriba. Estos, sin comunicarse ni por exclamaciones su ardor o su desesperación, disparaban, disparaban sin cesar.

—¡Apuntad bien! — decía Rouletabille —. ¡Apuntad bien!..

Era lo único que se oía, aparte de los tiros.

Por fortuna, los atacantes no tenían escaleras bastante largas para llegar desde el fondo del foso a las aspilleras del primer piso. Necesitaban, al precio que fuese,

pasar por aquel condenado cuerpo de guardia, en el que tantos valientes soldados de Gaulow habían encontrado ya la tumba. Pero ante una carnicería que no podían evitar y que no les aprovechaba para nada, tuvieron que retroceder.

Sí; Rouletabille y sus compañeros vieron que aquella gente vacilaba, desalojaba precipitadamente el cuerpo de guardia y se echaba al foso. Pero, casi al mismo tiempo, vieron una mecha que terminaba en un tonelito que habían llevado hasta allí sin que los sitiados se dieran cuenta, distraídos por la batalla. Estaba colocado junto al pilar principal que sostenía la bóveda.

—¡Pólvora!—exclamó Rouletabille—. ¡Van a hacernos volar! ¡Todos al tercer piso!

Subieron apresuradamente. Al pasar por el segundo piso, Rouletabille dijo a los alemanes, que se habían atrincherado por dentro, que les siguieran a lo alto del torreón si no querían volar. Pero no recibió por contestación más que injurias. Y la explosión se produjo de pronto.

Hubo tal desplazamiento de aire en la escalera, que Rouletabille, que aún se encontraba en el segundo piso parlamentando con los alemanes, fué alcanzado por el golpe. Y pareció que todo el torreón iba a desplomarse.

Pero sólo se trataba de una sensación, aunque desagradable. Únicamente se hundió la bóveda del cuerpo de guardia, con los pilares que la sostenían. Ni el segundo piso padeció. A continuación, las fuerzas de la *Karakulé* se precipitaron de nuevo al torreón, y empezó una batalla encarnizada en la escalera y en los pasillos del segundo piso. Los jóvenes sitiados retrocedían paso a paso, luego de haber descargado sus armas. Pero de pronto gritó Vladimir:

—¡No me quedan cartuchos!

A La Candeur sólo le quedaban unos diez. Y se precipitaron hacia el tercer piso, llevándose a Modesto, que estaba gravemente herido.

Ya subían clamores de triunfo, porque el fuego de los sitiados disminuía notablemente y se suponía, con fundamento, que estaba cercano el momento de la rendición.

Rouletabille entregó sus últimas municiones a los compañeros, diciéndoles:

—¡Que duren! ¡Voy a buscar a Gaulow!

—¡Hay que ponerle un puñal en el gañote para que ordene a los suyos que cesen el fuego!—aulló Vladimir.

Apenas se entendían. El hueco de la escalera no era más que un conducto de llamas, humo y plomo.

Se desplomaban escaleras y caían racimos de hombres. Pero los atacantes volvían a la carga, poniendo tablas y escaleras y agarrándose al menor saliente del muro. ¡Y lo hacían con tanto más ímpetu cuanto que desde arriba ya no tiraban!

Rouletabille había entrado en el cuarto de Gaulow creyendo encontrar al prisionero y a Ivana, a la cual había ordenado varios minutos antes que no se expusiera a los disparos de la escalera, y que en seguida subió al tercer piso.

¿Cuál no sería su asombro al ver que no estaban ni Ivana ni el prisionero?

Saltó a las otras habitaciones... ¡Nada!... Y en otro salto llegó a la plataforma.

Al pronto tuvo que hacer un movimiento de retroceso ante una humareda acre que el viento le echaba encima y que parecía subir de la misma base del torreón, que parecía arder por los cuatro costados.

Luego aventuró un paso fuera de la garita. Entonces vió como en sueños que Ivana estaba dedicada a una tarea muy extraña. Manejaba con cuidado aquella especie de cabria con la cual pensó un día Rouletabille que Atanasio se hiciera al campo... La cabria tenía enrollada una cuerda que la joven desenrollaba ahora más precipitadamente, pero asomándose de vez en cuando por encima de las almenas, para ver, sin duda, la labor ya realizada... Pero ¿qué labor era aquélla? ¿A quién bajaría? ¿A quién?

También miró Rouletabille... Y lo que vió le hizo volver en un soplo a la garita, sin que, a causa del tumulto de aquel final de lucha lleno de clamores y de humareda, hubiese podido ver Ivana que Rouletabille había visto...

Y ¡había visto que Ivana salvaba a Gaulow! Sí; lo devolvía a los suyos ¡por nada! en el momento en que los sitiados iban a necesitarle más, en que iban a intentar el rescate de las vidas propias a cambio de la de Gaulow...

El caso era que no le quedaba ni el recurso de dudar nunca de lo que había visto. La visión, aunque en el marco estruendoso de la batalla, había sido bastante clara para que a Rouletabille no se le hubiera escapado ninguna de las precauciones tomadas por Ivana para dejar al prisionero en lugar seguro.

Además, Rouletabille no solamente había visto, sino que había oído una frase turca, salida de los labios de Ivana, y que entendió porque la habían pronunciado muchas veces delante de él: *Teliliké vauni?* (¿Hay peligro?) *Djevab vez.* (Contesta.) Y Gaulow, desde el cabo de la cuerda, había contestado: *Yok! Yok! Techeken iderün!* (¡No! ¡No! ¡Gracias!) Luego Ivana había desenrollado más cuerda, hasta que Kara-Selim fué recogido por sus

guerreros, mientras gritaba a la joven: *Benem ilé guel!* Pero Rouletabille no había comprendido aquellas palabras, lo que, al fin y al cabo, importaba poco, porque habían sido pronunciadas con tal tono de reconocimiento y alegría, que sólo podían ser un reflejo de tales sentimientos.

¡Rouletabille pareció volverse loco al ver y oír aquello! En unas zancadas se reunió a sus compañeros, que disparaban los últimos tiros.

—¿Y Gaulow?—gritó La Candeur.

—¡Ha huído!—aulló una voz desesperada detrás de Rouletabille.

Y aquella voz era la de Ivana, que añadió como explicación:

—¡Ha huído por arriba, por medio de una cuerda! ¡Ay ¡Ya lo había dicho yo! ¡Ya había dicho que todas las precauciones eran pocas!... ¡Oh! ¿Por qué no lo habré matado? ¿Por qué...—y se dirigió a Rouletabille, el cual, a su vez, volvió la cabeza, estremecido ante tanta mentira—, por qué me impidió que le matara?...

—¡Buena la hemos hecho!—exclamó La Candeur.

—Aún se puede resistir un poco en la plataforma—dijo Vladimir—. ¡El torreón está ardiendo!... ¡Cuando no podamos más, nos arrojaremos a las llamas! ¡Animo! ¡Adelante!

Aunque Rouletabille dijo «adelante!», quería decir «¡atrás!» ¡Era el último retroceso! Luego no quedaba más que el cielo, o, como había dicho Vladimir, las llamas. Toudor se echó a la espalda a Modesto, herido, que parecía agonizar y muy próximo al sueño postrero. Todos pudieron llegar a la plataforma, gracias a la precaución que habían tomado de preparar también allí la ruptura de algunos escalones tras ellos.

Cuando llegaron al último piso, dijo Vladimir:

—¡No nos queda ni un cartucho! ¡Ya pueden venir!

—¡Sí!—corroboró La Candeur—. ¡No tienen más que presentarse!

El humo que les envolvía era tan denso que apenas podían respirar y les era imposible distinguir lo que pasaba a varios pasos de ellos. Creían estar en el centro de una hoguera. ¡Y esperaban, de un momento a otro, ser pasto de las llamas!

En aquel momento La Candeur vió la cabría y la cuerda que colgaba fuera del torreón.

—Por ahí se ha salvado Gaulow—explicó Ivana, que parecía sufrir mucho conteniendo su hipócrita furor.

—¡Pues habrá tenido un cómplice!—exclamó el bueno de La Candeur.

—¡Bah! ¿Qué importa?—repuso Vladimir con la fatalidad de los esclavos frente a lo inevitable—. ¿Qué importa, si vamos a morir?

—¡Es que antes de morir me hubiera desahogado reventando a ese cómplice!—gruñó el gigante crispando los puños y mirando ferozmente a su alrededor.

¡Oh, ya no era el La Candeur tímido y sencillote! Era el gigante que, al sentir la proximidad de la muerte, quiere castigar al traidor con todas sus fuerzas, hasta agotarlas, antes de cerrar los ojos para siempre. Y gruñía:

—¡Kara-Selim prometía dinero!... ¡A mí me ofreció!... ¿Quién de nosotros se ha vendido a Kara-Selim? ¿Quién ha unido todas nuestras cuerdas para asegurar la salvación de Gaulow? ¿Cree que tiene la vida segura? ¡Ay, si le agarro!

—¡Ya está castigado!—dijo Ivana, señalando con falsa actitud de tragedia el cuerpo del *katerdjibaschi*, que estaba entre dos almenas y cuyas entrañas colgaban

hacia fuera. Y añadió:—¡Yo misma lo he despanzurrado con la espada que Kara-Selim dejó aquí, sin duda porque le estorbaba!

Y con otro gesto teatral señalaba el mandoble en que todavía humeaba la sangre del *katerdjibaschi*.

—¡Miserable!—gruñó Rouletabille entre dientes—. ¡Ha matado a ese pobre hombre porque se oponía a la evasión!

La Candeur cogió aquella espada de titán, limpió la punta con su ropa y cogiendo con ambas manos aquella punta, mientras el espadín se apoyaba en el suelo por la empuñadura, se colocó cerca de la garita. Y entonces, inmóvil y magnífico cual un héroe antiguo que apoyado en su clava esperase sin emoción a los monstruos de las selvas mitológicas, dijo:

—Antes de morir, ¡van a ver algo!

Y, efectivamente, algo vieron.

Ya hemos dicho que la escalera del torreón daba a éste por medio de la garita. Y cerca de la garita estaba La Candeur, pero de manera que no le viesen los atacantes al subir la escalera.

Desde hacía unos minutos, los jóvenes gozaban una especie de tregua en medio de los torbellinos de humo que les envolvían. Ello era debido a que abajo se trabajaba en arreglar la solución de continuidad producida en la escalera del tercer piso.

Pronto fué llevado a cabo el arreglo. Y la gente de la *Karakulé* se precipitó por el conducto con gran coraje y audacia, pues se habían dado cuenta de que los sitiados ya no tenían municiones.

Y un nuevo y formidable clamoreo hizo saber a Rouletabille, a Ivana, a La Candeur y a Vladimir que su último refugio iba a ser invadido.

Por el hueco de la garita asomaba ya la primera cabeza con una boca abierta que lanzaba palabras furiosas. Al momento giró en manos de La Candeur la formidable espada para caer sobre el cráneo del infiel, que se desplomó por la escalera.

—¿Qué decía?—preguntó La Candeur.

—Que nos rindiéramos—explicó Vladimir.

Aquella ejecución aumentó la rabia de quienes se aplastaban para pasar por la angosta escalera. Resonaron nuevos aullidos. Aparecieron dos puños armados de sendas pistolas, que fueron desarmados. Aventuróse otra cabeza. El mandoble resplandeció de nuevo e hirió. Desapareció la cabeza.

Una tercera cabeza se presentó mascullando palabras incomprensibles en son de protesta.

—¡Es inútil que insista, caballero!—dijo La Candeur—. ¡No entiendo el turco!

Y le derribó.

Luego ya no dijo esta boca es mía, porque estaba muy ocupado... Además, tenía que estar muy alerta para evitar la lluvia de metralla que salía por aquel endiablado hueco. Pero cada vez que aparecía una cabeza, no dejaba de ajustarle las cuentas. Protegido por la pared de la garita, entre la explosión de las armas, llamas y humareda, hería, hería sin cesar. Y su terrible espada destrozaba cráneos como el hacha del leñador destroza troncos.

¡Y sucedió que los atacantes se cansaron antes que él! Dejaron de asomar las cabezas por la abertura de la garita; cesaron los gritos en el conducto infernal...

Extraño silencio sucedió de repente al espantoso estruendo. Y La Candeur, que continuaba esperando con su espadón, se asombró de no tener ya trabajo.

Al mismo tiempo parecía disminuir la intensidad de la

humareda que rodeaba al torreón. Por tanto, los jóvenes sitiados pudieron respirar a sus anchas. Y Vladimir exclamó jubilosamente:

—¡Bravo, La Candeur! ¡Nos has salvado! ¡Tú solo los has hecho huir! ¡Ven que te abrace!

—¡También yo quiero abrazarte, La Candeur!—dijo Rouletabille, que había asistido a aquella última fase de la lucha sin decir una palabra y vigilando constantemente a Ivana, que, arrimada a una almena, ocultaba la cara entre sus manos—. ¡Abacémonos, amigos míos! ¡Ahora sí que creo que ha sonado la hora de nuestro fin!

—¿Por qué dice eso?—preguntó Vladimir—. Luego de lo de La Candeur, no se atreverán tan pronto a venir.

—¡Ay, Vladimir! ¡Me asusta tan gran silencio luego de tanto estruendo! Seguramente habrán puesto alguna mina. ¡Y si se han ido es para no volar con nosotros!

Y los tres jóvenes se abrazaron porque comprendían que la hipótesis de Rouletabille era la única verosímil.

—¿No viene aquí con nosotros?—preguntó Rouletabille—. ¡Dése prisa si quiere que muramos juntos!

Pero Ivana gemía con la cara tapada por las manos. Y murmuraba:

—¡Qué espanto! ¡Qué espanto!

—¡Quizá tenga todavía tiempo para bajar por esa cuerda, que tan útil ha sido a Gaulow!—añadió Rouletabille, implacable—. ¡A nosotros no nos sirve! Sabemos que nos recibirían mal... Pero ¡usted! ¡Es una mujer!... Y tendrán lástima de una mujer, ¡de la mujer de Gaulow!...

Ivana cayó de hinojos, sin contestar. Tanto se ocultaba el rostro que era imposible verlo.

—¡Arrodillémonos! Como Ivana...—dijo Vladimir—. ¡Arrodillémonos y recemos, porque vamos a morir!

Rouletabille pensó en la señora vestida de luto, dejó

de mirar a la joven tan amada por él y que acababa de traicionarle, y, dejándose caer de rodillas junto a Vladimir, pidió perdón a Dios y a su madre.

—¡Yo moriré en pie!—dijo La Candeur, que había recibido una educación laica.

Y esperó, apoyado en el mandoble, la enorme detonación que había de aniquilarles a todos.

—¡Cuánto tarda!—murmuró Vladimir.

—Sí—dijo Rouletabille—. ¡Tarda mucho!

De pronto, Vladimir djó un salto lanzando un grito que no tenía nada de humano. Todos creyeron que empezaba la catástrofe. Y de todos los pechos escapó una sorda exclamación de horror. Pero he aquí que Vladimir corría alrededor de la terraza y, señalando el campo con gestos de demente, exclamaba:

—¡Allá, allá!...

Tan grande era su emoción, que parecía no poder decir más.

Todos se levantaron. El viento Norte acababa de disipar los últimos jirones de humo, el último velo que envolvía el torreón. Y he aquí que las montañas, las cumbres, los desfiladeros aparecían cubiertos de una multitud en marcha. Largos cordones de tropa se deslizaban por los caminos, cabalgaban jinetes por las laderas de los montes, brillaban los estandartes a los primeros rayos del sol.

—¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!

—¡Nos hemos salvado!

¡Tenían razón! Los ejércitos del general Stanislawof bajaban cantando las pendientes del Istrandja-Dagh, reputadas como infranqueables, y perseguían ya a las tropas de Gaulow.

Estas, sorprendidas por la noticia de aquella marcha

fulminante, habían abandonado su presa en el momento en que más segura la creían. Y el Castillo Negro quedó al momento libre de las pandillas de bandoleros.

El entusiasmo de los reporters ante aquel espectáculo no tuvo límites. Se abrazaron de nuevo, como lo habían hecho antes, pero con tanta más alegría cuanto desesperación habían pasado. La Candeur y Vladimir, de puro entusiasmados con el triunfo, no se dieron cuenta de que Rouletabille e Ivana tomaban poca parte en las manifestaciones de júbilo. Ivana se había levantado como los demás, pero, cogiendo los prismáticos del repórter y sin prestar atención al auxilio que llegaba por el Norte, parecía interesarse únicamente por lo que pasaba en los caminos del Sur, donde corría desenfrenadamente la soldadesca de la *Karakulé*.

Rouletabille, inclinado sobre el pobre Modesto, que agonizaba, recogía su último suspiro y sus postreras palabras:

—¡Ay! ¡Ahora voy a poder resarcirme de las veintitrés mil trescientas setenta y cinco horas de sueño!...

Y Modesto murió. Rouletabille se puso a llorar. ¿Lloraba solamente por el difunto? ¡Pobre Rouletabille! Había hecho imposibles por Ivana, pero Ivana ni tan siquiera le miraba... Acababa de abandonar precipitadamente la terraza sin decir a los periodistas ni una palabra de adiós.

¿Qué misterio la había transformado? ¿Sería un insondable misterio del corazón de Ivana... o algo peor? ¿Por qué milagro aquella heroína aparecía de repente a sus ojos como traidora a su amor y a su patria? ¡Vamos, Rouletabille! ¡No llores! ¡Escapa a las llamas de la *Karakulé* y corre, corre por el camino de la guerra detrás de Ivana, que te huye!... Y, sobre todo, no pierdas en el ca-

mino, además del corazón, *tu razón...* Sigue sin desfallecimiento tu caprichosa fortuna, llega, ¡oh Rouletabille!, hasta el fin del misterio, hasta la conclusión de esta rara historia de guerra y de amor, hasta tu *extraña boda...*

Léase la continuación de EL CASTILLO NEGRO en *La extraña boda de Rouletabille.*

INDICE

PRIMERA PARTE

EL CORAZÓN DE IVANA

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO.—¡Amor!... ¡Amor!.....	7
CAP. II.—¡Sangre!... ¡Sangre!.....	14
CAP. III.—Noche de Oriente.....	24
CAP. IV.—«¡Demasiado tarde!».....	47
CAP. V.—Atanasio Khetew.....	56
CAP. VI.—En el palacio real.....	68
CAP. VII.—Expedición.....	82
CAP. VIII.—El Castillo Negro.....	89
CAP. IX.—Kara-Selim.....	105
CAP. X.—El torreón.....	119
CAP. XI.—Las mazmorras del Castillo Negro.....	129
CAP. XII.—A través del infierno.....	148
CAP. XIII.—Por los tejados.....	158
CAP. XIV.—«Te quiero».....	166
CAP. XV.—Varios acontecimientos en el torreón.....	185